

LA ÚLTIMA CITA DEL SEÑOR POTINO

Gian dei Brughi

El futuro tiene muchos nombres.
Para los débiles es lo inalcanzable.
Para los temerosos, lo desconocido.
Para los valientes es la oportunidad.

VICTOR HUGO

Nadie podría negar que la pasión por la filatelia le hubiera proporcionado innumerables momentos de dicha. Recordaba el extremo deleite cuando, al subir los jueves al mercadillo de la calle Feria, encontraba un ejemplar raro que le faltaba para completar una serie; o cuando aprovechaba los días de lluvia para ordenar sus sellos en álbumes que no se cansaba de ojear.

No obstante, en las últimas semanas, el señor Potino reconocía un regusto amargo en su paladar; una pequeña nube negra eclipsaba sus córneas cuando comparaba su cándida afición filatélica con la evocación de otra fruición más primaria y menos tangible que había descuidado en exceso: la práctica del coito.

Ahora, después de tres lustros de una viudedad llevada con rectitud, sospechaba que su difunta esposa tenía razón cuando maldecía los sellos, cuando le escondía la lupa y las pinzas, o cuando tiraba a la basura los sobres de las cartas recibidas sin que él pudiese dictaminar la importancia de la merma.

El señor Potino cargaba con una conciencia que tendía al escorado. Mucho y muy mal estibado era el lastre de culpa que se había forjado en mil homilías. No obstante, a su edad tardía y debido a su enfermedad, se daba cuenta del error de haber descuidado lo femenino, aquel mundo voluptuoso lleno de posibilidades por cultivar.

Había exigido a su médico que fuese claro:

«Tras la prostatectomía quedará usted impotente, señor Potino —le dijo el urólogo—. Junto con la próstata, se le extirparán las vesículas seminales y las bandeletas vasculonerviosas, que son las que contienen los nervios que posibilitan la erección. Algunos pacientes pueden llegar a tener erecciones parciales gracias a la administración de Viagra o al vacuum, un dispositivo cilíndrico en el cual se introduce el pene en estado de flacidez y con el que se consigue cierta erección tras bombear el aire con una pera de látex hasta crear vacío. Otra opción más costosa y sofisticada sería la prótesis hidráulica de pene, que es la que mejores resultados da aunque requiere una intervención quirúrgica compleja y costosa. Pero hágase usted a la idea, señor Potino, de que no volverá usted a tener una vida sexual como la que tiene ahora».

«Como la que tengo ahora...», acertó a pensar el señor Potino. Aquel pensamiento hueco se repitió martilleándole las caras interiores de los parietales hasta que acabó por cincelar una voluntad desconocida hasta entonces.

Frente al espejo del cuarto de baño y armado con unas tijeras de punta curva, el señor Potino ponía orden en su bigote con una precisión milimétrica. Era un bigote filatélico, del antiguo régimen, que intentaba emular algo reglamentario, tal vez el orden militar intrínseco de un cepillo, o del concepto de cepillo. No se imaginaba sin él desde que se lo dejara crecer, hacía ya cincuenta años, cuando cumplía el periodo de instrucción en el

cuartel de San Fernando. Tenía el convencimiento de que cada pelo de su bigote encarnaba una brizna del respeto que merecía por parte de sus coetáneos.

Continuó tallando las cerdas que, como pinceles, asomaban por sus orejas y por sus narinas —el señor Potino era de vello montaraz—. Luego recortó los pelos más largos que intentaban escapar, indómitos, en el requiebro de las cejas, y que le daban un aire de dictador soviético que, como persona de orden que era, detestaba.

Se afeitó con redoblado esmero, con jabón de pastilla presentado en su bol de madera de cedro, que untaba pesadamente con su brocha de tejón «punta de plata». El silencio se cortaba con un levísimo crepitar áspero, como de hojas secas o de hormigas ardiendo a lo lejos, cuando retiraba la capa jabonosa con su navaja barbera de cachas de nácar, doblemente afilada con el asentador de cuero. Experimentaba un gozo estético al descubrir anchos surcos de piel diáfana entre la nivea espuma del jabón. Saboreaba con orgullo cierto empaque, cierta elegancia masculina en el uso de esas herramientas de otro siglo. Pensaba que el latón, el cuero, la madera, el hueso, tenían en sí una nobleza ancestral incluso más intensa —por ser materiales más humildes— que el oro, la plata o el marfil. Y pensaba que esa nobleza intrínseca la transmitían a cualquier acto en los que interviniesen, y que eso era algo que objetos de plástico nunca podrían conseguir.

Sobre la cama, recién vestida de sábanas limpias, reposaba una pequeña bolsa de plástico de El Corte Inglés. Había pagado cuarenta euros y un rato de humillación extrema por unos calzoncillos nuevos. Se había dirigido al vendedor solicitando «unos calzoncillos modernos, de los que se lleven ahora». Los gruesos y blancos de algodón que usaba desde que se los compraba primero su madre y luego su difunta esposa no le proporcionaban la seguridad necesaria, y sospechaba que podrían comprometer la viabilidad de los planes que tenía para esa tarde-noche. El vendedor le presentó unos calzoncillos azul turquesa; un color como el que sabía que vestía el martín pescador en el dorso, según había aprendido

en un sello de una serie dedicada a la ornitología. Lo circundaba una ancha banda elástica amarilla —un gualdo «oropéndola»— en la que destacaban grandes letras bordadas que daban fe del fabricante; una marca desconocida para él pero que, según el empleado —un joven limpio, encorbatado y discreto, una especie de «yerno ideal»—, justificaba su elevado precio y aseguraba una salida airosa ante cualquier contienda amorosa. Era un «ir sobre seguro»; lo que se podría llamar «unos calzoncillos de triunfador». La seguridad en sus argumentos y el tono confidencial con que el vendedor las exponía acabaron por disiparle las últimas dudas.

Se puso la corbata y la chaqueta; se pulverizó con generosidad un resto de Eau de toilette Macho de Fabergé, que usó de forma esporádica en los años noventa y que llevaba desde entonces tras el espejo de su mueble de baño. Durante aquel tiempo había evolucionado hasta adquirir un levísimo retrogusto como de col hervida; una fermentación apenas perceptible, pero que le daba cierta sutileza, más complejidad, mejorando la personalidad zafia y plana de la fragancia original.

Antes de abandonar su casa, se dispuso a hacer lo que él llamaba una «micción preventiva». Desde mucho antes de que le diagnosticasen el cáncer de próstata, no podía sujetarse más de cuarenta minutos sin evacuar aguas menores; por lo general, una meada imprecisa y que se hacía rogar, sin consistencia; un largo goteo intermitente exento de presión, como de botella de plástico horadada por un punzón. Evitaba las infusiones diuréticas si pensaba salir, y retenía en la mente un mapa logístico, una red de puntos de evacuación de contingencia a los que podía acudir sin dar explicaciones: el ayuntamiento, la biblioteca, el casino, El Corte Inglés o, en caso de extrema necesidad, los hediondos retretes del mercado de abastos o de la estación de autobuses.

Era jueves, y los jueves tocaba bingo. Esta vez no había espacio para la timidez: no tendría más oportunidades. Sabía que ella estaba dispuesta; llevaba años insinuándosele. Era una viuda necesitada de compañía, como él; estaban bien juntos.

«Bien mirado —pensó—, si lo hacemos con la luz apagada, podría haberme ahorrado los cuarenta euros de los calzoncillos eléctricos de superhéroe».

Antes, solo sabía de la existencia de Superman pero, gracias a una serie de sellos de correos que recibió de los Estados Unidos, conoció a Ironman, a Magneto, a la Antorcha Humana, al Motorista Fantasma, al Hombre de Hielo, a Mística, a Wonder Woman, a Cíclope y a Gambito. Siempre sostuvo que la filatelia era cultura.

No obstante un rato antes, delante del espejo, recién afeitado y con los calzoncillos de combate, todo aquello de la cultura de los sellos le pareció una mierda. (Lo pensó en esos términos: «Esto de la cultura de los sellos me parece una mierda»). Constató —aún ante el espejo— que no conocía ningún superhéroe que utilizase un conjunto de afeitado de tanto abolengo como el suyo.

Durante dos horas la esperó en vano en el bingo, mientras perdía algunos euros cartón tras cartón; más por falta de atención en los números que por mala suerte. Cuando se cansó, decidió ir a buscarla a su casa. Vivía a pocas manzanas de allí. Llevaba años acompañándola tras la velada de bingo, y cada noche la despedida se dilataba más frente a la puerta del edificio, hasta que las más que abiertas insinuaciones de ella se replegaban sobre sí mismas cuando chocaban contra la timidez de él.

Aquella tarde sería diferente; estaba decidido costase lo que costase. Llamaría al portero automático, esperaría el tiempo que fuese necesario hasta que bajase y la llevaría sin dilación a su casa, donde la trataría con delicada firmeza. El moscatel —apuesta segura

— estaba en la nevera, las sábanas limpias, la colcha de punto que tejió su madre, tensa sobre la cama hecha, y el disco de José Luis Perales preparado en el pick-up.

Los calzoncillos infalibles turquesa «martín pescador» y amarillo «oropéndola» lo hacían sentirse seguro y juvenil, e iban sin duda a ser amortizados hasta el último euro.

Cuando llegó ante el portal se aclaró la garganta y se arregló el nudo de la corbata —Windsor, por supuesto— para hablar por el interfono del portero automático. Tuvo que llamar tres veces hasta que el objeto de sus deseos se materializase del otro lado.

«Ay, señor Potino, querido, ¡no sabe qué alegría más grande me acaba usted de dar!, ¡con la de tiempo que llevo esperando a que se decida!, pero esta noche no voy a poder salir. Es que hoy hace diez años de mi viudez, y echo tanto de menos a un hombre a mi lado que me haga estremecer de pasión, que me ha entrado la llorera y llevo ya un rato en la cama. Estoy sin peinar y sin maquillar, hecha un verdadero adefesio, pero no se preocupe usted, que el jueves que viene lo voy a compensar con creces si la invitación sigue en pie».

El señor Potino musitó un «no pasa nada» o un «lo comprendo», y volvió a su casa. Por el camino se cruzó con un camión de limpieza que regaba las calles, y se tuvo que guarecer en un portal para protegerse de sus salpicaduras.

Meditó sobre los años de abstinencia y sobre la irreversibilidad de su dejadez. Más tarde atravesó un parque donde vio, entre las matas de lentisco, a dos perros apareándose que se le quedaron mirando sin cesar en su actividad. «Ya no se ven perros copulando por la calle —pensó—. Hace años que no he visto a perros enganchados; tal vez cuarenta o más desde la última vez».

Mientras subía en el ascensor, contempló su cara en el espejo, y se quedó aún mirándose durante algunos minutos después de que el motor se parase al haber alcanzado

su piso. Tuvo la impresión de que la tonificada piel que le había quedado tras el afeitado clásico había desaparecido, y que en su lugar había otra más verdosa, como cubierta de una suerte de musgo o de líquen traslúcido que le pareció ver y oír brotar de sus poros, y colonizar poco a poco los párpados, las mejillas y la frente hasta cubrirle toda la cara para luego comenzar a trepar por las orejas. Entró en el apartamento con las mandíbulas fundidas entre sí.

Ya en el salón, se quitó el abrigo y el resto de la ropa, y se quedó tan solo con los calzoncillos infalibles y con los calcetines. Se volvió a mirar en el espejo y se encontró ridículo con su bigote de filatélico y su barriga semiesférica, blanca y peluda, sobresaliendo como una bola de helado sobre los calzoncillos bicolor.

Sintió rabia. El señor Potino cogió los álbumes y las cajas de sellos y comenzó a esparcir por el aire su contenido. Las estampillas caían burlándose de él, con el lento balanceo de las hojas secas. Una ola de calor le hinchaba las arterias del cuello y un regusto a bilis o a derrota se le instaló en el paladar. Con la respiración acelerada, comenzó a pisotear una alfombra hecha de miles de minúsculos rectángulos de colores, como si fuese un holocausto de mariposas muertas.

Furioso, se quitó los calzoncillos y los arrojó sobre los sellos muertos, aunque se dejó puestos los calcetines: aún refrescaba.

Ya en la cama, lidió en la oscuridad para dilatar su última erección. Fue un largo mano a mano que duró casi dos horas hasta que culminó con una breve tristeza pegajosa. Luego fue perdiendo presión como un viejo ratón que exhala su último aliento, a la par que el sueño añadía peso a sus párpados.

Había puesto el despertador a las siete. No necesitaba más tiempo ya que no podría desayunar. A las ocho tenía que ingresar en ayunas para la intervención.